

Guerra Civil Española y cambios de paradigma

Por Ángel Viñas*

Introducción

EL ESTUDIO DE LA GUERRA CIVIL hace tiempo que se ha convertido en un capítulo central de la historiografía sobre la contemporaneidad española. Los títulos que de ello dan testimonio son, en lo que se refiere a cantidad, prácticamente inabarcables. En una reciente obra de orientación bibliográfica sobre los libros aparecidos en España —y en diversos países— que he tenido el honor de dirigir se mencionan unos ochocientos relativos a los últimos seis u ocho años.¹ Es casi imposible que en España no salgan al mercado en promedio dos obras por semana. El mercado está saturado, las tiradas son cortas pero la actividad editorial no decae.

La Guerra Civil fue siempre un campo controvertido que ha recogido y recoge el choque de tradiciones político-culturales muy definidas. Desde la recuperación de las libertades democráticas a partir de 1975 hemos asistido a la superposición y creciente sustitución del paradigma franquista sobre la interpretación de la guerra y sus consecuencias en un incesante proceso de modificación y de destrucción creativas. Hoy sabemos más sobre ambas que en ningún momento anterior. Numerosos interrogantes han dejado de serlo.

Situación de partida

OBVIAMENTE la guerra no se dirimió sólo por las armas, aunque fueron éstas las que condujeron a la victoria y a la derrota. Fue también un choque de culturas (desde, a la derecha, la fascista, la conservadora, la militar y la católica hasta la liberal y las de las distintas izquierdas ya sean anarquistas, socialistas, comunistas y trotskistas). Tales culturas reflejan la diversidad ideológica de los contendientes de 1936-1939. Su traducción historiográfica respondió a una doble necesidad: en la derecha, la de justificar la

* Catedrático emérito de la Universidad Complutense de Madrid; e-mail: <angel.vinas@hotmail.com>.

¹ *Studia Historica. Historia Contemporánea* (Universidad de Salamanca), vol. 32 (2014). Si se computan los no mencionados, el número sería más elevado.

sublevación para derrotar por la violencia al régimen republicano y, en el centro o en la izquierda, la defensa de éste y su oposición a la coalición más o menos fascitizada que inmediatamente se situó detrás de los militares sediciosos.

La pugna generó una abundante literatura tanto durante el conflicto mismo como después. Dura hasta nuestros días. Cabría afirmar que prácticamente todo lo que pueda decirse acerca de la Guerra Civil, sus antecedentes y sus consecuencias ya ha sido dicho de alguna u otra manera, en uno o en otro momento. En esta perspectiva, la labor de los historiadores, desaparecido el peculiar sistema político e institucional de la dictadura franquista, ha estribado en buena medida en confirmar o desechar, y hasta qué punto, las tesis y afirmaciones en presencia, separando el trigo de la paja, los mitos de los hechos y la propaganda de la realidad. Al menos la que es documentable o contrastable. Nunca ha sido una tarea fácil y no lo es hoy. Las construcciones ideológicas y mitológicas son resistentes. Muchos dogmas se amurallan a pesar de chocar con la evidencia.

No es de extrañar. Por lo que se refiere a la variopinta gama de los vencedores, a lo largo del franquismo cristalizó un paradigma cerrado que la dictadura defendió con uñas y dientes movilizando todos los resortes de la represión, de la censura y del poder coercitivo del Estado. Sólo en los sistemas comunistas se encuentra en Europa una ambición similar. Influyó decisivamente en la mentalidad y en la formación e información de un sector de la sociedad española, generalmente de derechas.

Fue en los años sesenta del pasado siglo cuando las autoridades franquistas —sobre todo las más abiertas hacia el mundo externo, es decir, en los Ministerios de Asuntos Exteriores y de (Des) Información y Turismo—² comprendieron que los postulados de tal paradigma no resistían al desafío que plantearon los primeros estudios documentados de autores extranjeros. En su seminal obra *El mito de la cruzada de Franco*, Herbert R. Southworth,³ una de las *bêtes noires* de los autores profranquistas, hizo un análisis

² Así lo cito siempre, aunque su nombre oficial fuera de Información (una copia *ad hoc* del ministerio nazi de Volksaufklärung und Propaganda).

³ Tal obra se agotó rápidamente en sus ediciones en francés y español publicadas por la editorial del exilio Ruedo Ibérico, en París. Se reimprimió en varias ocasiones en España tras la muerte de Franco. Hoy se encuentra en el mercado una edición preparada y ampliada, Herbert R. Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*, Paul Preston, rev. y pról., Barcelona, Debolsillo, 2008, 704 págs.

devastador de la endeblez de la base empírica de la mayor parte de los componentes de dicho paradigma. Numerosos historiadores vieron su reputación por los suelos. A alguno (Rafael Calvo Serer, por ejemplo, destacado opusdeista y posterior oponente a la dictadura) no le preocupó lo más mínimo.

En el lado de los vencidos no cristalizó un paradigma uniforme, aunque sus diversas manifestaciones se contrapusieron al franquista. La catastrófica derrota, con su cortejo de desavenencias profundas, enemistades personales e ideológicas y disputas sin cuento en torno de las causas de la debacle, no permitió consolidar explicaciones compactas. La rivalidad política, que ya se había hecho sentir duramente en las filas de los defensores de la legalidad republicana, se tradujo en una amplia floración de ensayos de exculpación y de inculpación.

Incluso en la historiografía actual se encuentran ecos de tales rivalidades. Los autores de proclividades anarquistas y poumistas (Partido Obrero de Unificación Marxista, POUM) o trotskistas suelen ser muy críticos con quienes consideran procomunistas. Otros historiadores devuelven la pelota a ambos grupos. Los de proclividad socialista suelen moverse al compás de las olas en que se han anegado ciertas reputaciones. Esto refleja un hecho fundamental: los socialistas entraron divididos en la guerra, asumieron grandes responsabilidades en la dirección de la misma (conducción militar y política, relaciones exteriores, economía y finanzas etc.) y en su curso se acentuó tal división. Tuvo consecuencias perdurables durante el franquismo, en el posfranquismo e incluso en la actualidad. La polémica se ha centrado en torno de la valoración histórica de cuatro grandes figuras socialistas: Francisco Largo Caballero,⁴ Indalecio Prieto, Julián Besteiro y, en particular, Juan Negrín. Este último fue rehabilitado a título póstumo por su partido en 2008,⁵ junto con otros militantes socialistas, todos ellos expulsados en 1946 en circunstancias oscuras.⁶

Podría afirmarse que aquel choque de culturas fue en gran medida endógeno, es decir, que estuvo asentado en la dinámica de

⁴ La reciente biografía escrita por el malogrado Julio Aróstegui ha supuesto un hito en el conocimiento de este controvertido personaje, véase Julio Aróstegui, *Largo Caballero: el tesón y la quimera*, Barcelona, Debate, 2013.

⁵ Tras una serie de trabajos esclarecedores de su figura y acción por parte de, entre otros, Gabriel Jackson, Helen Graham, Ricardo Miralles, Enrique Moradiellos, Paul Preston, Manuel Tuñón de Lara y quien esto escribe.

⁶ Ángel Viñas, “Negrín y 35 viejos militantes socialistas”, *El País* (Madrid), 8-VII-2008.

la Guerra Civil misma y en el proceso histórico que le precedió. Ésta es la interpretación tradicional. Ahora bien, desde finales del segundo conflicto mundial, cuando los vencedores occidentales aceptaron la dictadura franquista, por mucho que retóricamente se la crucificara como el último residuo del fascismo, no tardó en producirse un cambio sutil en el enfoque de la guerra. Tuvo lugar de manera destacada entre historiadores extranjeros pero desde el primer momento afectó a las querellas del exilio. El motivo es evidente pero se ha obviado con frecuencia.

La repercusión de la Guerra Fría

EN efecto, a la aparente unidad entre los vencedores en dicho conflicto le sucedió la discordia en la incipiente Guerra Fría. Esto ya lo había previsto la propaganda nazi, con su incesante martilleo sobre el antinatural fenómeno de la alianza de las democracias capitalistas con el régimen soviético. También lo había asumido como dogma de fe la dictadura franquista y había atemperado a la misma su conducta, una vez que comprendió que el futuro no lo dominarían las potencias fascistas.⁷

Los británicos tendieron una mano a Francisco Franco antes de que terminase el conflicto mundial. Estaba en consonancia con las elucubraciones de Winston Churchill de preparar un asalto a la Unión Soviética para obligarla a soltar presa en la Polonia ocupada por el Ejército Rojo. Churchill no dudó incluso en pensar hacer uso de los efectivos de la ya casi derrotada Wehrmacht para enfrentarse al oso moscovita.⁸ La estabilidad de la Península Ibérica bajo los regímenes de Franco y de António de Oliveira Salazar, y la seguridad de las cuantiosas inversiones directas en ambos países, llevaron al gran estadista británico a aplicar a ambos dictadores la misma máxima que había utilizado de cara a Joseph Stalin en 1941 tras la invasión nazi de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS): los enemigos de mis enemigos son mis amigos.

Transcurrido un corto periodo de vacilación, marcado por la hostilidad institucional de las nuevas Naciones Unidas, pero que

⁷ La fecha en que esta comprensión empezó a imponerse es discutible puesto que la ayuda franquista al Tercer Reich continuó, de una u otra forma, hasta el final de la Segunda Guerra Mundial pero el momento decisivo fue, en mi opinión, el desembarco anglonorteamericano en el Norte de África en noviembre de 1942: Operación Torch.

⁸ Detalles en Jonathan Walker, *Operation unthinkable*, Stroud, Spellmount, 2013. Esta obra será publicada en español por la editorial Crítica de Barcelona.

no tuvo efectos prácticos relevantes, la naciente Guerra Fría hizo que para los planificadores del Pentágono el régimen de Franco apareciese como un interesante aliado potencial. A la conveniencia de mantener estable el espacio ibérico (el régimen salazarista fue incorporado a la Alianza Atlántica desde el primer momento), se añadió la posibilidad de establecer bases directas en territorio español. Hasta 1951 no se despejó el panorama pero la tendencia era ya aparente desde años antes.⁹

Las necesidades político-estratégicas anglonorteamericanas tuvieron consecuencias en el plano historiográfico. Dos son las más importantes. En primer lugar, si la URSS renacía como el enemigo por excelencia de las democracias occidentales el apoyo soviético a la República durante la Guerra Civil podía considerarse como un primer zarpazo de Stalin para desestabilizar a Europa a través del flanco sur. ¿No apoyaba Moscú a los comunistas en la guerra civil griega? ¿No amenazaban los partidos comunistas francés e italiano la estabilidad de sus respectivos países? ¿Acaso no fue preciso poner valladares a su eventual expansión?

La Guerra Fría se sobreimpuso a la española. Para ello los anglonorteamericanos dispusieron de mecanismos eficientes que ahondaron las divergencias políticas entre los republicanos del exilio. El Information Research Department (IRD) británico y la Central Intelligence Agency (CIA) apoyaron todas las interpretaciones no comunistas de la Guerra Civil e influyeron en autores anarquistas, poumistas, ex comunistas y socialistas. En Londres se pensó incluso en captar al coronel Segismundo Casado, que asestó el último golpe mortal a la resistencia republicana. El antiguo poumista Julián Gorkin, ya a sueldo norteamericano, escribió sobre la Guerra Civil como si se hubiera tratado de un primer intento de establecer una república popular a remede de las que la URSS había ido creando en los países de la Europa central y oriental.¹⁰ Burnett Bolloten, periodista galés, otrora procomunista y ya acaudalado

⁹ Desde una perspectiva española lo he estudiado ampliamente en dos obras de mi autoría, *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos* (Barcelona, Grijalbo, 1982) y *En las guerras del águila* (Barcelona, Crítica, 2003). La monografía de Antonio Marquina Barrio, *España en la política de seguridad occidental, 1939-1986* (Madrid, Ejército, 1986), hizo uso abundante de la documentación norteamericana desclasificada hasta aquel momento.

¹⁰ Al respecto es muy instructivo el trabajo de Olga Glondys, *La guerra fría cultural y el exilio republicano español: Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*, Madrid, csic, 2012.

agente de la propiedad inmobiliaria en California, se pasó treinta años trabajando en una obra en la cual la Guerra Civil es en gran medida la cortina tras la que se ocultaron los diseños soviéticos.¹¹

Todo esto vino como anillo al dedo a la propaganda franquista que desde 1936 había reiterado incesantemente que la Guerra Civil fue el resultado de la necesidad de oponerse a una inminente revolución comunista y que lo que en ella se dirimió no fue otra cosa que la supervivencia de la civilización cristiana y occidental. Poco más o menos lo que ya habían dicho los nazis, tras el incendio que ellos mismos impulsaron del Reichstag, en 1933.¹² La búsqueda franquista del acomodo con Estados Unidos acentuó aquella orientación. Para consumo interno español, Franco se vio investido como “el centinela de Occidente”,¹³ el primer estadista que se había levantado en armas contra el comunismo y el primero que lo había derrotado en el campo de batalla.

Esta cómoda situación se vio trastocada en el plano ideológico y político por las consecuencias de la introducción, entre 1959 y 1960, del plan de estabilización y liberalización que abrió la economía española al exterior. Ello permitió el proceso de integración en la división internacional del trabajo del mundo occidental que sentó las bases para el desarrollo económico y social subsiguiente.

Aquella decisión estratégica, a la que se opuso Franco hasta que no divisó otra opción, tuvo ciertos efectos desagradables. Al abrirse las fronteras y favorecerse la emigración con el fin de disminuir el paro y allegar divisas, también se abrió la puerta a la penetración de ideas que no casaban con los postulados políticos, institucionales, intelectuales e historiográficos de la dictadura. En este último plano, que es el que nos interesa a efectos del presente artículo, no se subrayará lo suficiente la repercusión de las primeras obras extranjeras que pretendían ofrecer un cuadro narrativo y documentado de la Guerra Civil. Sobre los antecedentes, los trabajos de Gerald Brenan, de Hugh Thomas (en una óptica liberal-conservadora) y de

¹¹ La obra de Burnett Bolloten va desde *El gran camuflaje* (manipulado en su primera traducción en la España de Franco) hasta la publicada a título póstumo, *La Guerra Civil Española: revolución y contrarrevolución*, Madrid, Alianza, 1991. Su más denodado defensor es Stanley G. Payne.

¹² Este tema ha sido objeto de grandes discusiones. A mi juicio la obra de referencia más reciente es la de Alexander Bahar y Wilfried Kugel, *Der Reichstagsbrand: Geschichte einer Provokation*, Colonia, PapyRossa Verlag, 2013.

¹³ Título de una famosa biografía escrita por uno de los periodistas más serviles de la dictadura, Luis de Galinsoga, director de la entonces *Vanguardia Española*, y el primo de Franco, y de nombre parecido, Francisco Franco Salgado-Araujo.

Gabriel Jackson (en una perspectiva pro republicana y de centro-izquierda) generaron inmensas discusiones, aunque hubieron de importarse de contrabando, como también ocurrió con las obras posteriores de Manuel Tuñón de Lara, escritas en Francia.

El régimen encontró solaz en los trabajos de ciertos historiadores británicos como George Hills y Brian Crozier y en los alemanes nuevamente reaparecidos en la discusión internacional.¹⁴ Todos ellos continuaron el apoyo que sus respectivos países prestaron a Franco durante la Guerra Civil. A Thomas se le opusieron varios ex colaboradores del IRD, muy distinguidos y llenos de honores. Numerosos nazis reciclados no se quedaron cortos. Tampoco faltaron autores franceses de derechas (Claude Martin), que siguen influyendo todavía en la actualidad, impertérritos.¹⁵

En la resaca de la celebración de los “veinticinco años de paz” en 1964, el ministro de (Des)Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, catedrático de Derecho político (luego de Teoría del Estado y, es un decir, Derecho constitucional), comprendió que el paradigma dominante en España necesitaba un *aggiornamento*. El que se preconizaba desde el Servicio Histórico Militar no tenía en cuenta en absoluto los avances que en la historiografía sobre la Guerra Civil se realizaban en el extranjero.¹⁶ Un oscuro *Boletín de Información* los daba a conocer entre la alta administración y es de suponer que tuviese alguna influencia.

Con todo, el ejercicio no era fácil: había que conservar postulados inmovibles que no hicieran dudar del bien fundado de la interpretación que justificaba el “régimen del 18 de julio”. Ahora bien, por otro lado era preciso silenciar multitud de tesis accesorias fácilmente desmontables acudiendo a las bases documentales ya disponibles, en particular las publicadas por los antiguos aliados sobre las relaciones Franco-Hitler en la Guerra Civil y en la Segunda Guerra Mundial. Una molestia.

¹⁴ El tenor lo explicitó uno de los notables del partido social-cristiano bávaro, aliado de los cristiano-demócratas de Konrad Adenauer. Se trató de Richard Jaeger quien describió a Franco como un “jefe de Estado pragmático”, casi de tipo inglés, tal vez con la mano un poco dura pero perfectamente aceptable. Debo a Carlos Collado Seidel esta referencia, tomada del acta de sesiones de la Cámara Baja del Parlamento alemán del 6 de abril de 1960.

¹⁵ Entre los más notables cabe citar al periodista Philippe Nourry, *Histoire de l'Espagne: des origines à nos jours*, París, Tallandier, 2013, autor también de una superelogiosa biografía de Franco.

¹⁶ El número monográfico de la *Revista de Historia Militar* (Madrid), núm. 17 (1964), se lleva indudablemente la palma.

De dicha tarea se encargó un oscuro funcionario del Ministerio de (Des)Información y Turismo, Ricardo de la Cierva, ex jesuita y químico de formación. De la Cierva había publicado un primer libro sobre política turística adornado con una dedicatoria algo más que sicofántica a Franco¹⁷ y no tardó en glosar, de manera hartamente discutible, las masas de literatura conservadora, cuando no de extrema derecha, sobre los antecedentes de la Guerra Civil.¹⁸ Le valió ganar una cátedra universitaria en Alcalá de Henares, de la cual no se movió más.

A pesar de que, como *factotum* del régimen tuvo franco acceso a los archivos políticos, militares y policiales, De la Cierva siempre fue renuente a utilizarlos o a identificar sus fuentes, aunque nunca dejó de aludir a unos y otras. Rápidamente renunció a escribir de forma académica y se centró en un enfoque económicamente más remunerador: el de la divulgación. En esta vertiente escribió y reescribió básicamente el mismo libro un considerable número de veces. En ocasiones, cayó en el ridículo más abyecto cuando presentó varias versiones sucesivas —y todas falsas— sobre las responsabilidades detrás del bombardeo y destrucción de Guernica.¹⁹

Un enfoque menos grotesco y más documentado siguieron unos pocos historiadores militares (el coronel José Manuel Martínez Bande, los hermanos Ramón y Jesús Salas Larrazábal) en la medida en que se centraron en operaciones bélicas *strictu sensu* con un enfoque de historia hiperpositivista. Todos ellos, sin embargo, en cuanto se salieron de dicho campo y se adentraron en aspectos políticos, internacionales, económicos e ideológicos se atuvieron estrictamente a los postulados que siempre tiñeron el paradigma oficial.

Dos paradigmas encontrados

A continuación expongo de manera resumida los puntos fundamentales del paradigma franquista, poco conocido en América Latina.

¹⁷ De difícil localización, pero hay ejemplares en la Biblioteca Nacional de España y en la Biblioteca del Congreso. La referencia es Ricardo de la Cierva, *Turismo: teoría-técnica-ambiente*, Madrid, River, 1963.

¹⁸ En su libro Ricardo de la Cierva, *Historia de la Guerra Civil Española. Antecedentes: monarquía y república, 1898-1936*, Madrid, Librería Editorial San Martín, 1969.

¹⁹ Trituradas por Southworth en *La destrucción de Guernica* obra que he reeditado (Granada, Comares, 2013) y recogido las mentiras posteriores que ha seguido esparciendo De la Cierva junto con el máximo —y falaz— protagonista de las distorsiones neofranquistas, el general de división en el Ejército del Aire, Jesús Salas Larrazábal. Payne se atiene a las versiones de este último hasta la actualidad.

En lo que se refiere al origen de la Guerra Civil:

- i) Fue la consecuencia lógica, y prácticamente inevitable, del fracaso de una República sectaria y excluyente por asentar un régimen que concitara el afecto de la inmensa mayoría del pueblo español.
- ii) La República, en particular durante el bienio republicano-socialista de 1931 a 1933 y la primavera del Frente Popular, fue sumamente disgregadora. No en vano estuvo dirigida por un conjunto de fuerzas (socialistas, anarquistas, comunistas, masonas etc.) que constituyó, en puridad, la manifestación de la “antiEspaña”.
- iii) Dicha “antiEspaña” desarrolló una amplísima actividad revolucionaria que negó el pan y la sal, y con frecuencia la vida misma, a los elementos de orden, patrióticos, católicos y conservadores.
- iv) Para colmo, gran parte de las fuerzas políticas y sociales que la integraban fue manipulada desde Moscú en el marco de una futura agresión destinada a penetrar en la Europa occidental por su flanco más débil.
- v) En consecuencia, el “movimiento salvador” que recurrió a las armas en julio de 1936 fue una medida desesperada para salvar a una España presa del desorden, de los asesinatos y de la anarquía e impedir que se despeñara por un ominoso precipicio. Fue un movimiento que conjuntó tras de sí a todos aquellos que, en un momento de intensa excitación patriótica, se atrevieron a decir “no” a los dictados comunistas.
- vi) De lo que antecede se desprende que el régimen republicano había perdido cualquier legitimidad que ostentase (que para algunos nunca existió).²⁰ Además, la revolución social que se abatió sobre la zona republicana, con la persecución y asesinato de millares y millares de eclesiásticos y elementos de derechas, dio al traste con las briznas que le quedasen.

A continuación expondré lo que se refiere al desarrollo de la guerra:

- i) La República recibió ayuda masiva de la Unión Soviética, en consonancia con los perversos designios moscovitas. También, en no extraña coyunda, la Francia del Frente Popular se opuso al “glorioso movimiento nacional”.

²⁰ El pilar básico de esta interpretación sigue siendo el denominado “Dictamen sobre la ilegitimidad de los poderes actuantes en 18 de julio de 1936” que se remontó a la “revolución de octubre” de 1934 como fecha en que la Guerra Civil se hizo inevitable. De ello se extrajeron consecuencias políticas, económicas y penales del mayor alcance que fueron desgranándose en sucesivas leyes, la primera de las cuales fue la de Responsabilidades Políticas de febrero de 1939.

ii) La ayuda externa recibida por éste fue, sin embargo, muy limitada y siempre se justificó por el inmenso acopio que los “rojos” hicieron en el extranjero.

iii) La disciplina, una voluntad férrea, el restablecimiento de la paz y el orden y la necesidad de invertir la evolución política, económica y social fueron objetivos que las armas “nacionales” —como desde el principio se autoconsideraron—, bendecidas por Dios y por la Iglesia, persiguieron obsesivamente. Al final alcanzaron la victoria.

iv) Dicha victoria, sin embargo, fue conseguida esencialmente gracias al tesón, a la fortaleza y a la sagacidad del general Francisco Franco que, literalmente, salvó a la PATRIA (con mayúsculas) de perecer a manos de sus enemigos.

La dogmática afirmación de que la sublevación tuvo un sentido preventivo dura hasta nuestros días. Véase, por ejemplo, lo que escribe un catedrático de Historia de la Universidad CEU San Pablo: “En la primavera de 1936 eran ya muchos los militares convencidos de que lo único que libraría a España de su disgregación, y de caer en manos de una dictadura marxista similar a la que sufría Rusia desde hacía ya más de quince años, era una acción armada encabezada por el ejército”.²¹

Lo anterior no es sino un reflejo pavloviano de las afirmaciones con las que Adolfo Hitler, Hermann Göring y Joseph Goebbels, apoyados por la derecha monárquica y capitalista alemana, justificaron la implantación de la dictadura. Con una diferencia: los nazis aludieron a la incautación de quintales de documentación comunista que “demostraban” los planes conspiratorios. Naturalmente, jamás los dieron a conocer. Los franquistas se atuvieron a unos cuantos documentos inventados. En su última obra Southworth diseccionó los más conocidos.

La cita anterior refleja también la congelación del tiempo porque la única “prueba” de los asertos que ofrece su autor son los alegatos, que circularon tras la guerra, de unas actas de las reuniones de la Komintern y que sólo existieron en la imaginación de los proponentes del golpe militar.²²

²¹ Luis E. Togores, *Yagüe: el general falangista de Franco*, Madrid, La esfera de los libros, 2010, p. 171. En la página previa ensarta una serie de disparates sobre los “propósitos” de la Komintern de cara a España en aquel periodo.

²² Además de los estudiados por Herbert R. Southworth en *El lavado de cerebro de Francisco Franco* (Barcelona, Crítica, 2000) cabría añadir los que cito en mi obra, *La conspiración del general Franco*, ed. ampliada, Barcelona, Crítica, 2012.

Veamos lo que se refiere a las consecuencias de la Guerra Civil.

La victoria la obtuvieron las fuerzas que representaban las mejores tradiciones de España, las de una España eterna e inmortal que pugnaba por no perecer bajo las lacras de la modernidad y sus demonios: el liberalismo, la secularización, el socialismo y el comunismo. Era preciso retornar, en lo posible, a un mítico *statu quo* anterior, aunque eso sí, primero sería “actualizado” por el fascismo, luego por el nacionalcatolicismo y finalmente por el desarrollismo.

Tal retorno únicamente podía impulsarse desde las alturas del Ejecutivo. Alcanzadas éstas, cualquier modificación ulterior, política e institucional se entendería como una concesión graciosa que se haría en condiciones cuidadosamente controladas. El franquismo aceptó cambios, por supuesto, pero cambios que se encauzaron por canales estrechos, regulados e inasequibles a las demandas que no fueran las que se aceptaban en complejas transacciones internas entre los círculos del poder.

Dicho poder se centralizó espacialmente y su ejercicio fue elevado a la categoría de principio absoluto como reacción a la experiencia republicana de “devolución” a las nacionalidades históricas de una cierta capacidad de actuación. Se derogó el estatuto vasco. Dos de las provincias vascongadas se vieron calificadas de “traidoras”. El estatuto y la Generalitat de Catalunya se arrojaron con vehemencia al basurero de la historia. El castellano, “idioma del Imperio”, quedó configurado como única lengua oficial. Los deseos de autonomía fueron, naturalmente, más difíciles de extirpar pero la represión de los años cuarenta y cincuenta amenazó con reducirlos a cenizas. *Autonomía* quedó equiparada indeleblemente a *separatismo*.

Extirpados tales males llegaría la hora de la recuperación. La Segunda Guerra Mundial la habría impedido. Ahora bien, cuando se reconoció “la razón de España” y la indomable rectitud del Caudillo, pudieron abrirse las puertas a un proceso de desarrollo como España no había conocido jamás en su historia.

En definitiva, un régimen nacido de una Guerra Civil absolutamente necesaria se presentó como un periodo glorioso que sentó las bases para el crecimiento económico subsiguiente. Sin el franquismo, en una palabra, no habría habido democracia en España.

En contra de ello, los historiadores y pensadores del exilio escribieron sin posibilidad de acceso a fuentes salvo algunas propias (fue el caso de los anarquistas y, mucho más tarde, de los comunistas).

El ponderado libro de Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, redactado en París al término de la Guerra Civil, en mi opinión el más interesante, no tuvo demasiados seguidores. Eso sí, numerosísimas memorias de todo tipo (en primer lugar las de Manuel Azaña) y otros tantos ensayos (una gran importancia reviste el de Salvador de Madariaga, hoy olvidado), entre los cuales hay que destacar las obras de Julio Álvarez del Vayo, *La batalla de la libertad*, y de Antonio Ramos Oliveira, *Politics, economics and men of modern Spain* y su trilogía sobre historia española, plantearon las cuestiones centrales de la Guerra Civil y los problemas fundamentales a los que los republicanos hubieron de hacer frente.

Así, pues, este paradigma se contraponen al difundido por la dictadura si bien se vio teñido en buena medida por las dos características ya mencionadas de exculpación e inculpación. No penetró en España, excepto en círculos minoritarios, y sus afirmaciones jamás sirvieron de base a la enseñanza reglada de la historia contemporánea, ya fuese en la enseñanza primaria, secundaria o universitaria.

Sólo en un extremo coincidió el paradigma franquista con las afirmaciones dominantes en los círculos del exilio: los aviesos designios de Moscú con el fin de echar raíces en tierra española, algo que fue muy articulado por anarquistas y poumistas. En esta perspectiva el problema fundamental de la guerra lo habrían constituido los comunistas y sus actuaciones. No es de extrañar que en los momentos finales de la dictadura, los escritos anarquistas y poumistas circularan más y mejor que una parte de la historiografía de corte académico que, poco a poco, se fue densificando y profesionalizando.

Historiografía tras el franquismo

CON la desaparición de la censura en 1976 y el restablecimiento de las libertades de expresión y de asociación lo primero que ocurrió, en el plano que aquí nos interesa, fue una explosión historiográfica en tres dimensiones que a continuación veremos.

1) Difusión y absorción de la literatura generada tanto por el exilio como por historiadores extranjeros. De golpe y porrazo se publicó de todo, sin distinción de colores ni de proclividades. Muchos autores foráneos vivieron momentos de gloria: Hugh Thomas, Gabriel Jackson, Herbert R. Southworth pero también Stanley G. Payne, Edward Malefakis y muchos otros.

2) Vulgarización de los conocimientos acumulados en el extranjero o que iban generándose en el interior y en el exterior a través de revistas de historia dirigidas al gran público o de páginas de historia en otras publicaciones periódicas. Una de las primeras, *Historia y Vida*, era ya veterana. Varias nuevas surgieron y crecieron como las setas tras las lluvias de otoño. *Historia 16* es el ejemplo más destacado pero también *Tiempo de Historia* o la menos conocida *Historia Internacional*. Entre las publicaciones generales es de justicia destacar revistas como *Cambio 16*, *Doblón*, *Actualidad Económica*, *La Calle*, *Triunfo* y *Cuadernos para el Diálogo*, o incluso *Interviú*, que se arriesgó a sacar a la superficie una faceta del pasado oculto como eran las víctimas de los sublevados y que entremezcló con artículos desenfadados y fotografías de desnudos.

3) Realización de obras de síntesis o de investigación en que se tocaban temas que no habían aflorado en la literatura generada durante el franquismo. Esto tuvo lugar en el marco de una renovación generacional de los profesores de historia, tanto en la enseñanza universitaria como secundaria.

Una gran parte de los historiadores de esa generación introdujo en España los enfoques que habían ido triunfando en el extranjero: la Escuela de los Annales, el marxismo y la historia social. Manuel Tuñón de Lara se situó a la vanguardia con sus intentos de síntesis de una historia total que combinaba aspectos económicos, sociales, políticos, militares e intelectuales. Más tarde llegarían la historia de género y los enfoques de experiencias desde la base, a nivel de ciudadanos y de soldados ordinarios, o los de la historia local. En general, se abrió camino la concepción de la historia como una ciencia social particular.

Como había ocurrido y ocurría en el extranjero al abordar el estudio de las dos guerras mundiales los enfoques iniciales mostraron una preferencia por la historia política, la militar, la económica y la de las relaciones internacionales. Es decir, dimensiones que podríamos considerar clásicas. Sería vano mencionar nombres y títulos. Con notables y lamentadas excepciones por fallecimiento (Marta Bizcarrondo, Gabriel Cardona, Javier Tusell) muchos de ellos siguen en activo. Cabe citar, cuando menos, a Santos Juliá. Su trabajo relegó a la categoría de pamplinas la mayor parte de las afirmaciones que habían conformado el paradigma franquista cuyos representantes se batieron en retirada. Tanto las técnicas de análisis como la metodología utilizada se habían quedado anticuadas. Ninguno se atrevió a ampliar de forma eficiente la nueva base

documental que iba resultando disponible al compás de la lenta pero continua creciente accesibilidad de los archivos. Cuando alguno lo hizo, por ejemplo el profesor Luis Suárez Fernández, eminente medievalista y hagiógrafo de Franco, miembro de la Real Academia de la Historia, las omisiones y distorsiones no abandonaron los surcos de la recia tradición profranquista.²³

Con todo, esta tradición hubo de sufrir el embate de una nueva historiografía basada en fuentes primarias relevantes de época. Ya en 1976, por ejemplo, se abrieron los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores para el periodo de la guerra. Siguieron, con un retraso que pareció interminable pero que en realidad fue cosa de muy pocos años, los del Servicio Histórico Militar. Más adelante fueron haciéndose accesibles los de las tres armas²⁴ y, algo para la historia social muy relevante, el de la Guerra Civil en Salamanca. En él se había depositado la documentación incautada a las organizaciones y partidos del Frente Popular la cual se había utilizado con fines de represión política, económica e ideológica. Nada de ello lo habían podido consultar los historiadores españoles exiliados.

Una evolución paralela, en esta ocasión motivada por imperativos de tiempo y la aplicación de la legislación vigente, se registró en los archivos extranjeros, en particular británicos, franceses, italianos y norteamericanos para el periodo de la República y de la Guerra Civil. La consecuencia fue que ya al comienzo de los años ochenta del pasado siglo los historiadores que no comulgaban con las ruedas de molino franquistas habían empezado a asestar golpes mortales al paradigma de la dictadura. La hegemonía historiográfica había pasado a manos de autores que, cuando menos, no eran profranquistas.²⁵

Con cierto retraso sobre los enfoques “clásicos” fueron perfilándose nuevas áreas de investigación: la primera fue el estudio del exilio republicano, con el profesor José Luis Abellán en la apertura

²³ Miembro del Opus Dei, Luis Suárez Fernández tuvo acceso ilimitado a la documentación remansada en la Fundación Nacional Francisco Franco con la que estuvo íntimamente ligado. En 2010 al menos era presidente de la Hermandad del Valle de los Caídos.

²⁴ Esto no significa que se abrieran totalmente. Por ejemplo, el actual ministro de Defensa del Gobierno del Partido Popular, don Pedro Morenés, se ha negado tercamente a que se desclasificaran unos diez mil documentos que dejó preparados su antecesora, la ministra socialista Carme Chacón.

²⁵ Con la colaboración de casi una treintena de historiadores, un útil resumen puede encontrarse en Ángel Viñas, coord., *En el combate por la historia: república, guerra civil, franquismo*, Barcelona, Pasado & Presente, 2012.

de un frente que hasta entonces se desconocía en gran medida en España. En el lapso de pocos años las dimensiones demográficas, políticas, sociales y culturales empezaron a explorarse detenidamente, no sólo de cara a América Latina y más particularmente a México sino también a todos aquellos países que habían abierto sus puertas, en mayor o menor medida, al más importante y significativo de los exilios de toda la historia de España. En la actualidad, los estudios sobre el mismo, cada vez más sofisticados, constituyen uno de los puentes que unen a historiadores españoles y extranjeros.

La segunda área fue la referente a las víctimas de la violencia desde los albores de la sublevación a la finalización de la posguerra, que a tales efectos podría situarse en el levantamiento del estado de guerra en 1948. La Universidad, todo hay que decirlo, fue pacata a la hora de abordar esta temática. No lo había sido en el anterior caso pero abordar el capítulo de la sangre vertida provocaba inhibiciones. Comenzó gracias a iniciativas locales (muy importantes en Andalucía y Extremadura)²⁶ y tardó en penetrar en el *mainstream* historiográfico. Es sintomático que en el primer intento de divulgación de alto nivel realizado por un equipo de historiadores de diversas tendencias (derecha, centro e izquierda) que redactó a lo largo de varios años el guión en el que se basó el programa de Televisión Española, *España en guerra*, desglosado en treinta capítulos, la dimensión de la violencia no tuviera sino un papel secundario. En todo caso, el programa se emitió en los años 1987-1988 a altas horas de la noche y con escasa publicidad.²⁷

Desde el primer momento el estudio se concentró en la violencia franquista, la oculta. La republicana había sido publicitada y exagerada hasta el delirio por la dictadura desde el primer momento.²⁸ Era innegable, aunque desde el punto de vista científico e historiográfico no se conocieran bien su etiología, modalidades, perfiles, efectos y resultados. La violencia pasó súbitamente a un primer plano también en la literatura histórica al filo del cambio de

²⁶ Entre los abanderados figuran Francisco Espinosa Maestre y Francisco Cobo Romero quienes han seguido trabajando en ello ininterrumpidamente.

²⁷ Quien esto escribe formó parte del equipo redactor.

²⁸ Se divulgó masivamente en el *Avance de la Causa General*, Madrid, Ministerio de Justicia, 1943. Se ha reproducido en 2008 en la editorial derechista Akrón con prólogo de Ricardo de la Cierva a la reimpresión del año siguiente. La denominada *causa general* fue la pesquisa auspiciada por las autoridades en todo lo que se consideró desmanes de los “rojos”. En la actualidad, los miles de legajos en que se decantó están disponibles en la red (portal Pares, del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte).

siglo, cuando empezaron a realizarse las primeras exhumaciones de cadáveres de quienes tras la sublevación fueron ejecutados sin formación de juicio y sin dejar la menor traza en papel.²⁹ Desde entonces, el estudio de la violencia franquista se ha convertido sin la menor duda en el capítulo más vibrante de la historiografía española y ha desatado un incesante alud de publicaciones, muchas de las cuales son de carácter local pero crecientemente han ido adoptando enfoques totalizadores. No fue sólo física: también lo fue económica, política, social y cultural. El carácter sanguinario e implacable de la sublevación quedó al desnudo. Le siguió el estudio de la violencia después de la guerra.³⁰ Los resultados fueron tan demoledores como para que, bajo los gobiernos conservadores, se produjera una contraofensiva que revitalizó muchos de los componentes del paradigma franquista.

Dos formas de contraofensiva

LA contraofensiva adoptó dos formas: una plúmbea, general e inmediata. Otra más sofisticada y restringida. La primera fue obra de periodistas, divulgadores, “tertulianos” y aficionados. Se caracteriza esencialmente por la ausencia de toda nueva base documental y nulas innovaciones metodológicas. Sus cultivadores afirmaron acudir a fuentes. Su tratamiento fue, sin embargo, singular y, me atrevo a señalar, típico: la distorsión, la omisión, la tergiversación y, llegado el caso, la falsificación son rasgos constantes. He ejemplificado esto en el caso de las responsabilidades tras el bombardeo y destrucción de la villa foral de Guernica e ido algo más lejos que mi admirado Southworth, quien no pudo consultar los archivos militares españoles.

La segunda forma es más reciente. Sus proponentes tienen formación académica y trabajan en ciertas universidades, no muchas, españolas y extranjeras. Para la mayoría el tema de atención preferente no es la Guerra Civil sino sus antecedentes, quizá porque el estudio de la guerra se ha profesionalizado extremadamente y no

²⁹ Pionero en este ámbito fue el trabajo de Emilio Silva, tras la exhumación de la fosa en que yacía su abuelo. Entre la abundantísima bibliografía destacaré su obra, con Santiago Macías, *Las fosas de Franco: los republicanos que el dictador dejó en las cunetas*, Madrid, Temas de hoy, 2003.

³⁰ Debo subrayar en este aspecto la importancia de la reciente obra de Francisco Moreno Gómez, *La victoria sangrienta, 1939-1945*, Madrid, Alpuerto, 2014.

es fácil hacerse un nombre en el mismo.³¹ No postulan siempre el desemboque automático y casi garantizado de la República en ella pero su tratamiento de los años republicanos no deja demasiados resquicios a otra alternativa. Las izquierdas, que se abordan en la dimensión estrictamente política, aparecen como las inspiradoras de la evolución, haciendo abstracción operativa de los condicionantes culturales, económicos y sociales del contexto.

El concepto *democracia* se sustrae al tiempo histórico y se plantea en abstracto, como si la democracia en los años treinta hubiera debido ser lo que hoy entendemos como tal. La argumentación prima el discurso político e ideológico por encima de los comportamientos efectivos. La ahistórica comparación con la transición de 1976 subyace en muchos de sus planteamientos. Esta desfiguración de la experiencia republicana y de su evolución en dientes de sierra lleva a absolver a las derechas de toda o casi toda responsabilidad por el estallido de la guerra. En tal sentido, esta forma de contraofensiva coincide, extrañamente, con el postulado fundamental del paradigma franquista.

No obstante lo anterior, la mayor parte de los historiadores de tal tendencia rechazan airadamente el que pueda acercárseles a los autores proclives al franquismo y reivindican para sí un enfoque estrictamente científico, alejado de cualquier preconcepción ideológica. En realidad, no hacen honor a tan elevadas proclamaciones.

Otros autores que forman parte de esta contraofensiva abordan la Guerra Civil fundamentalmente desde el punto de vista de la represión. Como es lógico, la mayor responsabilidad la atribuyen a las izquierdas y su revolución social, destructora de todos los cánones de comportamiento civilizado. Suele afirmarse que estuvo amparada y justificada por el gobierno republicano. Por el contrario, la represión de los sublevados se aminora y se hace hincapié en su carácter reglado, aunque fuese bajo el paraguas de la justicia militar sumarísima de la época.

Un tercer tema favorito en esta contraofensiva estriba en minusvaluar la aportación a Franco de las ayudas extranjeras, en particular la nazi. Se eliminan los aspectos “desagradables” de la actuación de la Legión Cóndor y se sustrae a los lectores el conocimiento de los aspectos organizativos y operativos de la imbricación de los alemanes con las fuerzas armadas franquistas. El análisis recae en la actuación bélica, como si los nazis hubieran

³¹ Las síntesis *ad hoc* de la guerra las ha abordado en diversas obras Stanley G. Payne.

actuado en el vacío, y en la eficacia de su armamento. En alguna variante se acentúa precisamente el que no está relacionado con la aviación. El objetivo es congruente con el paradigma franquista: hay que disminuir la aportación extranjera a los vencedores y acentuar en lo posible la ayuda que los soviéticos prestaron a los republicanos. Por supuesto que las concomitancias financieras de los sublevados con los sectores más agresivos del capitalismo español y extranjero (particularmente británico y norteamericano) se orillan en todo lo posible. En apoyo de esta tendencia figura el hecho, insólito en la Unión Europea, de que el actual ministro de Asuntos Exteriores y Cooperación del Gobierno del Partido Popular (PP), don José Manuel García-Margallo, haya sustraído los archivos de su departamento, desde 1931, a la consulta pública trasladándolos al Archivo General de la Administración en Alcalá de Henares.³²

Muchos de los autores que militan en esta contraofensiva son protegidos del tan mencionado profesor Payne, catedrático emérito de la Universidad de Wisconsin,³³ *darling* de la derecha española y cuya evolución ideológica desde los lejanos años sesenta y setenta del pasado siglo bien merecería un análisis detallado.

En resumen, aunque la Guerra Civil ha sido objeto de masivos tratamientos, la controversia que azuzó no ha decaído. Ahora bien, ¿cuánto tiempo se ha tardado en llegar a un consenso sobre aspectos fundamentales de la Guerra Civil norteamericana y sus orígenes?

La controversia historiográfica no es sólo un entretenimiento intelectual. Se apoya en sólidas evoluciones políticas, psicológicas y sociales. En el primer plano, el embate mediático y periodístico se vio amparado por la llegada al poder, en 1996, del Partido Popular y la involución experimentada en la Iglesia católica española. El historiográfico se ha visto favorecido por las controversias

³² En el momento de escribir estas líneas, parece que el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación (MAEC) quiere reservarse la posibilidad de vetar el acceso a los mismos, según cuál sea el tipo de consulta, lo que choca con el reglamento de la Academia General del Aire (AGA). El cierre, sin embargo, se pergeñó ya bajo la gestión del ministro socialista Miguel Ángel Moratinos, que a finales de 2010 elevó a la consideración del Consejo de Ministros un proyecto de acuerdo que no se publicó en el *Boletín Oficial del Estado* y que, por consiguiente, vulnera el derecho español y, probablemente, el europeo. Siguiendo las normas introducidas al comienzo de los años ochenta, en la actualidad deberían poder consultarse los documentos de hasta 1989. Una pequeña diferencia.

³³ No ha renunciado, por ejemplo, a prologar auténticos panfletos. Quizá los más sangrantes son los de un pornógrafo de la historia. Su reciente biografía de Franco (en conjunción con el periodista Jesús Palacios) será objeto de un tratamiento pormenorizado en un próximo número de la revista digital *Hispanianova*.

desatadas en torno de la denominada Ley de Memoria Histórica de 2007, aprobada por el Parlamento en contra de la oposición del Partido Popular pero con el apoyo de los demás partidos del arco parlamentario.

Para un sector de la sociedad española y sus medios de comunicación ha resultado intolerable que los historiadores exijan más recursos, más medios y más facilidades con el fin de continuar poniendo al descubierto las dimensiones amargas del pasado oculto: el de la represión franquista, el de la exhumación de cadáveres que yacen en fosas identificadas pero no abiertas o en muchas otras que no están todavía suficientemente definidas. Se trata de dimensiones en las que desea hacerse el menor ruido posible.

En consecuencia, desde 2012 se ha producido un continuo vaciado de la ley, aunque no su abrogación, con la supresión de toda ayuda para apoyar la investigación histórica y los esfuerzos de exhumación. También es notable la renuencia tajante del gobierno a prestar la menor atención a las numerosas y repetidas recomendaciones de Naciones Unidas. O su rechazo explícito de cualquier condena al franquismo. Esta evolución ha dado alas no sólo a los sectores conservadores sino también a los de la extrema derecha, incluida la eclesiástica.

Dos fenómenos poco aireados son extraordinariamente sintomáticos. Es notorio que el progreso en el desentrañamiento del pasado es función de dos variables: la identificación de nueva evidencia primaria relevante de época y la aplicación de nuevos enfoques metodológicos. Ya nos hemos referido a la primera. Pues bien, el actual gobierno del Partido Popular ha tomado medidas cautelares en lo que se refiere a que España se encuentra a la cola de los países europeos occidentales en materia de accesibilidad de archivos. Como en los años pretéritos de la dictadura franquista, los historiadores españoles y extranjeros habremos de migrar hacia los archivos extranjeros, tanto en Europa como en América. Por el contrario, el gobierno no puede hacer mucho en lo que se refiere a la segunda variable, salvo reintroducir la censura. Esto, sin embargo, sería incompatible con la legalidad vigente en la Unión Europea, que se convierte así en el último valladar contra las derivas autoritarias. Nada hace pensar que el Partido Popular haya deseado seguir el camino de los conservadores húngaros salvo en el acceso a archivos.

El *revival* neofranquista no es ajeno a tales fenómenos. Los historiadores sobre la Guerra Civil tienen todavía bastante trabajo

por delante. Con todo, y por encima de las disputas y disquisiciones sobre si la izquierda en la República lo hizo mal, o rematadamente mal, una cosa sí está hoy clara: la conspiración de cara a una sublevación militar no tardó en iniciarse tras la victoria electoral de la coalición del Frente Popular en febrero de 1936. Se hizo de dos formas inmediatas. La primera consistió en acudir a las fuentes nutricias, es decir, al apoyo financiero del banquero y contrabandista mallorquín Juan March. La segunda en apelar a los fascistas italianos en demanda de apoyo material, no para un mero golpe de Estado sino para ganar una guerra que se estimaba corta. ¿Y cuáles fueron los canales de que se sirvieron los conspiradores? Los más preparados: los monárquicos alfonsinos, dirigidos por José Calvo Sotelo, el “protomártir” de la “cruzada”.

Las responsabilidades por la Guerra Civil

ÉSTE es uno de esos núcleos en torno del cual la discrepancia entre los historiadores, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, es probablemente la más pronunciada y ha dado origen a ríos de tinta. Las discusiones son incesantes. Continúan en la más rabiosa actualidad. Es necesario dar a conocer a los lectores latinoamericanos los resultados de mis propias investigaciones a este respecto.

Desde mi primer trabajo sobre la Guerra Civil³⁴ siempre traté de buscar respuestas a los temas objeto de investigación siguiendo una metodología inductiva a partir de la evidencia primaria relevante de época. Fue esta última la que me hizo descartar que en los preparativos de la sublevación figurase de forma operativa la Alemania de Hitler (algo que para la historiografía de corte comunista era entonces de creencia casi obligada).³⁵ De todas maneras, nueva evidencia, obtenida en el cruce de documentos españoles (franquistas y republicanos), británicos, franceses, alemanes y rusos, muchos de ellos no publicados ni conocidos, me llevó a postular la extraordinaria importancia de los factores internacionales desde los días 17 y 18 de julio en lo que rápidamente se configuró como Guerra Civil.

³⁴ *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid, Alianza Universidad, 1974.

³⁵ Ciertamente los conspiradores buscaron el enlace con las autoridades del Tercer Reich. Hasta hoy, sin embargo, no se han documentado los resultados. Subsisten sospechas que he subrayado recientemente en *Las armas y el oro*, Barcelona, Pasado & Presente, 2013.

Novísima evidencia, obtenida después de incesantes búsquedas en el bienio 2011-2012, me ha permitido identificar la actuación de los monárquicos y cedistas³⁶ en la conspiración dirigida por el general Emilio Mola desde Pamplona. Su objetivo estribó en influir sobre la embajada británica en Madrid con el fin de inducir, llegado el caso, la abstención del Reino Unido en los futuros asuntos de España. Desde las elecciones de febrero de 1936 coadyuvaron a la creación de un “estado de necesidad” psicológica para preparar el ambiente de cara a la sublevación. Éste es un tema importante ya que la corriente neofranquista sigue imputando a los “desmanes” (huelgas, movimientos sociales, proliferación de retóricas encendidas, atentados y asesinatos) acaecidos en la primavera de 1936³⁷ la difusión entre las derechas de un sentimiento de inseguridad tan pronto como tuvieron lugar las elecciones.

Sin embargo, aquellos “desmanes” fueron, en parte, inducidos y en respuesta a provocaciones de las derechas, ya volcadas en la sublevación pasara lo que pasara. Para que la sublevación tuviese posibilidades se obtuvo la ayuda fascista. El 1º de julio de 1936 Pedro Sainz Rodríguez, monárquico convencido, alfonsino, diputado por el Bloque Nacional, calvosotelista de pro, firmó en Roma varios contratos con una empresa italiana ligada al Ministerio de Aeronáutica para obtener el suministro de un gran número de aviones de tipo avanzado (cazas, bombarderos, hidroaviones) con su complemento de bombas, municiones, pertrechos y tripulaciones.

Dado que los contratos son de un detalle extremado, y que Sainz Rodríguez, catedrático de bibliología de la Universidad Central, no era precisamente un experto ni en armamento ni en aviación, cabe establecer dos hipótesis: o bien aceptó lo que los italianos le

³⁶ Miembros de la coalición derechista Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) que perseguía un objetivo de socavamiento de la República por vías esencialmente legales para, desde la presidencia del gobierno, disolver el Parlamento y cambiar la Constitución. Entre ellos destacan los hermanos Herrera Oria, uno de los cuales (Ángel) terminó llegando al cardenalato.

³⁷ A este tema se han dedicado últimamente con gran intensidad los trabajos de Rafael Cruz y de Eduardo González Calleja, silenciados o distorsionados por los historiadores neofranquistas. En ciertas entradas referidas a los protagonistas de los años republicanos en el *Diccionario Biográfico Español* de la Real Academia de la Historia, la distorsión llega a límites inconcebibles. Una somera discusión en Francisco Sánchez Pérez, coord., *Los mitos del 18 de julio*, Barcelona, Crítica, 2013; se incluyen las notables aportaciones del mismo, de José Luis Ledesma y de González Calleja. En cualquier caso, la corriente neofranquista ha silenciado, por lo general, la obra de este último, véase Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios: radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza, 2011.

pusieron por delante y se fio del *savoir faire* fascista o los contratos fueron el resultado de negociaciones entre la parte italiana y militares españoles por cuenta de los conspiradores. Personalmente tiendo más bien a favor de esta segunda hipótesis. ¿Cómo dejar exclusivamente en manos de extranjeros una decisión clave para el futuro de la conspiración?

Desde el punto de vista de un mero golpe militar, *strictu senso*, orientado hacia la rebelión de las guarniciones en ciertas ciudades y la convergencia de las tropas victoriosas hacia Madrid, es obvio que no se necesitaban cazas Fiat CR 32 modernos o potentes bombarderos Savoia Marchetti. Por no hablar de hidroaviones. Sí se necesitaban en cambio para asegurar el éxito en una guerra que se presumía corta.

Es decir, los “contratos romanos”³⁸ nos obligan a desplazar la atención de las inculpaciones efectuadas tradicionalmente por los sostenedores de una derecha encrespada contra los supuestos proyectos revolucionarios del Frente Popular, más o menos inspirados por Moscú, hacia el sector sobre el cual recae la mayor responsabilidad por lo que iba a suceder: aparte de los militares levantiscos, sus apoyos políticos y sociales en Renovación Española o el Bloque Nacional, con Calvo Sotelo al frente. Que fuesen conocidos del ex rey Alfonso XIII no es descartable. Sí podemos pensar que él no intervendría directamente en la negociación.

La información, además, de que en marzo de 1936 Juan March otorgó a los conspiradores un crédito de medio millón de libras esterlinas³⁹ —a través de un banco londinense para adquirir de los italianos el material— permite pensar que “alguien” debió poner en marcha los contactos para iniciar las negociaciones en Roma, bien en aquella fecha o incluso un poco antes. Podemos descartar que March lo hiciera a impulso propio.

Ese “alguien” no está identificado pero los candidatos no son demasiados: entre ellos deben haber figurado los generales Alfredo

³⁸ Reproducidos en facsímil en la versión original italiana y traducidos, con sus anexos, al español en mi contribución a la obra coordinada por Sánchez Pérez, *Los mitos del 18 de julio* [n. 37]. Una pequeña actualización se encuentra en mi artículo “L’Italia e la sommosa militare spagnola del 18 luglio 1936”, *Nuova Storia Contemporanea* (Firenze), vol. xvii, núm. 5 (septiembre-octubre de 2013).

³⁹ Según diferentes estimaciones el valor para 2013 oscilaría entre 30 y 159 millones de libras, a tenor en DE: <www.measuringworth.com>. En cualquier caso una cantidad nada despreciable. Juan March financió también la operación de traslado de Franco desde las Canarias a Tetuán, una vez estallada la sublevación, y contribuyó generosamente a la movilización de recursos monetizable en favor de los rebeldes.

Kindelán y Joaquín Fanjul. El primero había sido jefe de la Aviación, era monárquico convencido y frecuente visitante en Roma del ex rey Alfonso XIII. ¿Cómo no estaría entre quienes pudieran pronunciarse sobre la idoneidad de los aviones? Fanjul había sido subsecretario de la Guerra con el dirigente cedista José María Gil Robles en 1935 y conocía las discusiones sobre una sublevación que habían mantenido varios generales en diciembre de aquel año (con Franco entonces opuesto a ella). En el círculo que siguió de cerca los preparativos iniciales tras las elecciones figuró el general Luis Orgaz (amigo de Sainz Rodríguez), posteriormente trasladado a Canarias por el gobierno, y allí urdió un complot con Franco, entonces comandante militar del archipiélago. Una función relevante correspondería al “técnico”, teniente coronel Valentín Galarza, que enlazaba en Madrid todos los hilos de la conjura que impulsaba Mola.

Los detalles todavía no conocidos obviamente importan pero la nueva imagen que aparece a partir de esta evidencia documental es bastante clara.

1) Si, tras la sustancial ayuda de March, las negociaciones no tardaron mucho en dar comienzo es lógico que en los meses siguientes, de marzo a junio, los conspiradores concluyeran que era preciso crear la sensación de que España se encontraba abocada a un estado de necesidad. De aquí las proclamas sobre la inminencia de la revolución con el fin de “calentar” a las fuerzas armadas y los catastróficos discursos en el Parlamento a que se dedicaron Calvo Sotelo y Gil Robles. El dirigente de la prensa monárquica *ABC*, propiedad de uno de los conspiradores como fue el marqués de Luca de Tena, no se quedó atrás. Sus editoriales fueron incendiarios y hoy son fácilmente consultables en la Internet.

2) Lo anterior también explica la estimulación del pistolerismo, hasta el punto de que los monárquicos pronto se quedaron sin fondos para pagar a los “hombres de acción”. A mitad de junio Antonio Goiecochea, número dos de Calvo Sotelo, se dirigió a Ciano en demanda de apoyo financiero. Esta evidencia la descubrió hace años Ismael Saz pero pocos son quienes la han tenido en cuenta.⁴⁰

3) Convenía exagerar por todos los medios los indudables desórdenes urbanos y el número de víctimas mortales como si ello fuese el resultado de un estado de anarquía. González Calleja ha

⁴⁰ En la pionera obra de Ismael Saz, *Mussolini contra la II República*, Valencia, Alfons El Magnànim, 1986.

determinado que las víctimas fueron más numerosas en las filas de la izquierda.⁴¹ No se trató de una casualidad. Ni el gobierno ni las fuerzas de orden público se quedaron de brazos cruzados.

En paralelo y en la sombra continuó la intoxicación de los diplomáticos británicos en Madrid y Londres mientras el general José Sanjurjo, jefe de la conspiración, y el teniente coronel Juan Beigbeder, ex agregado militar en Berlín, intentaban conseguir armas en el Tercer Reich en marzo de 1936 y los carlistas multiplicaban sus misiones en el extranjero.

La anterior exposición, muy sumaria, no sería completa si, para el caso de las responsabilidades en cuestión, no se delimitara con precisión el juego de las *condiciones necesarias* y de las *condiciones suficientes*. Algo que conviene hacer con la mayor precisión posible.

Como sabe cualquier estudiante de lógica, las primeras son aquellas que deben darse para que pueda tener lugar un fenómeno determinado. En el caso de los fenómenos sociales tales condiciones son complejas y muy diversas. Así, por ejemplo, la sed de reformas económicas, sociales, políticas y culturales que España venía arrastrando desde la Restauración, y que se agudizó durante la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, fue una condición necesaria para que desde las posiciones de poder económico, político y social tradicionales emanara una fuerte oposición a las mismas. Esta oposición, desarticulada en un principio con el imprevisto advenimiento de la República y que atravesó fases muy conocidas, terminó alimentando la sublevación de 1932 (la “Sanjurjada”), durante el periodo en el cual la conjunción republicano-socialista introdujo reformas ineludibles. Dicha oposición, mucho más estructurada y organizada, volvió a la carga tras las elecciones de febrero de 1936.

La importancia de tales condiciones, que también suelen denominarse *factores estructurales*, ha sido muy enfatizada desde los primeros estudiosos que, sin seguir el canon que ya empezó a acuñarse en los albores de la dictadura franquista, trataron de explicar lo que no dejaban de ver como una anomalía, ¿por qué

⁴¹ En Eduardo González Calleja, “La necro-lógica de la violencia sociopolítica en la primavera de 1936”, *dossiers La España del Frente Popular*, bajo la dirección de Ángel Bahamonde Magro, *Mélanges de la Casa de Velázquez (L'École des Hautes Études Hispaniques et Ibériques)*, vol. 41, núm. 1 (2011), pp. 37-60. Bahamonde Magro ha continuado perfilando sus cifras en nuevas investigaciones, todavía no publicadas en el momento de escribir estas líneas.

hubo una Guerra Civil en España? Curiosamente, en los balbucesos oficiales de la explicación de la génesis de la Guerra Civil, los que hicieron los oficiales y jefes del Servicio Histórico Militar en los años cuarenta, se llegó hasta el siglo XIX (y a veces hasta el XVIII) para explicar la irrupción de la malhadada República como el último jalón de una evolución secular de decadencia promovida por la “antiEspaña”. De ser cierta tan falaz interpretación es obvio que no habría factores mucho más “estructurales” que tal evolución.

Hoy, naturalmente, nadie comparte una opinión tan extrema. Los factores estructurales suelen retrotraerse al estado en que quedó España tras la crisis de la Restauración y la dictadura del general Primo de Rivera y a la necesidad (discutida por las derechas) de articular proyectos reformistas atendiendo a la recomposición político-social que se produjo tras la instauración de la República. Incluso es posible argumentar, y también lo ha hecho Payne, que la evolución de ésta entre 1931 y 1935 podría no haber conducido *necesariamente* al estallido del año siguiente. Hoy se admite por lo general que si no se hubieran producido ciertos hechos en este periodo, la dinámica ulterior hubiese podido ser diferente.

Sin ánimo exhaustivo alguno cabe mencionar cuatro ejemplos. En primer lugar, la arbitraria destitución por el presidente de la República Niceto Alcalá-Zamora de Manuel Azaña como presidente del gobierno en 1933. Esto abrió la puerta a nuevas elecciones. No las ganaron los republicanos burgueses ni los socialistas que concurrieron desunidos a las urnas, sino las derechas y los radicales (más bien centristas), que formaron nuevos gobiernos con el apoyo parlamentario de las primeras. En segundo lugar, la negativa de Alcalá-Zamora a nombrar a José María Gil Robles presidente del gobierno en diciembre de 1935, lo que cortó sus ambiciones de modificar la Constitución desde la legalidad. En tercer lugar, si Manuel Portela Valladares, presidente del gobierno que convocó las elecciones de febrero, hubiese aceptado la declaración del estado de guerra que le pidieron los militares (entre ellos Franco) y anulado los resultados. En este supuesto es difícil pensar que la izquierda hubiese tenido en aquellos momentos la capacidad de montar una oposición efectiva. En cuarto lugar, si las derechas hubieran ganado las elecciones. “The road not taken”, como gustan de caracterizar tales posibles alternativas los autores anglosajones, hizo posible la evolución que realmente tuvo lugar. La polémica se ha centrado, pues, en la primavera de 1936. Las posturas entre los historiadores siguen siendo muy divergentes.

Ahora bien, lo que determinó la sublevación de julio de 1936 fueron ciertas condiciones *suficientes*, es decir, aquel tipo de condiciones que cuando se producen conducen a cierto resultado y no a otro. En aquella primavera sobresalen dos: la ineficacia del gobierno republicano para abortar la conspiración, algo sobradamente conocido pero no siempre bien explicado, y la consecución por parte de los conspiradores de abundante material bélico moderno, inexistente en España, y apto para una guerra corta.

El juego de condiciones necesarias y suficientes llevó a la sublevación casi irremisiblemente. ¿Cómo hubiese podido el gobierno cortar la comprometida ayuda italiana de la que no tenía la menor noticia?

Aún así, los días 17 y 18 de julio no dieron paso de por sí a la Guerra Civil propiamente dicha. Abrió la puerta a una serie de campañas rápidas y exitosas de los sublevados (apoyados por la intervención fascista, predeterminada, y por la nazi, decidida por Hitler autónomamente el 25 de julio). Se vieron respaldadas por la escisión/hundimiento de las fuerzas armadas y de seguridad republicanas y por la imposición de la no intervención contra el gobierno por parte de los restantes países europeos y luego de Estados Unidos.

Como agudamente vio Manuel Azaña en septiembre de 1936, la República tenía para entonces perdida la partida si no cambiaban las circunstancias exteriores. Es altamente verosímil que la derrota se hubiera materializado en el otoño de aquel año. Mientras tanto Franco rellenó el vacío político que había creado el inesperado fallecimiento de José Sanjurjo en accidente aéreo el 20 de julio. Era el receptor de la ayuda extranjera, había jugado la carta monárquica y sus tropas habían conseguido evidentes éxitos militares. Kindelán propugnó que en él se realizara la unidad de mando, estratégico y operativo. Franco prometió acceder en todo lo posible a los deseos manifestados por Benito Mussolini y demandó más ayuda. Los alemanes, para entonces, reforzaban la suya. A finales de septiembre sus conmitones aceptaron el mando supremo de Franco.

Ahora bien, pocos días después empezó a llegar la ayuda material y personal soviética. Los pilotos rusos aportaron una contribución inestimable a la resistencia republicana porque la aviación gubernamental había dejado prácticamente de existir. El apoyo político, diplomático, personal y material de la URSS creó una nueva situación. La *guéguerre* de los primeros meses se convirtió en cruenta Guerra Civil.

Esto no es lo que tradicionalmente se ha dicho y repetido, sobre todo por quienes mantuvieron clausurados por casi cuarenta años los archivos y una censura de guerra durante más de la mitad del periodo a la vez que acuñaron un paradigma lógico y cerrado en sí mismo, pero susceptible de impugnación documental. Dicha evidencia no se basa en epifenómenos, en discursos políticos o en factores culturales. Todos ellos desempeñarían, ¡qué duda cabe!, una función más o menos importante a lo largo de la contienda pero no sirven para dilucidar la cuestión de las responsabilidades ante la mayor catástrofe acaecida en la historia contemporánea de España.

Por lo demás, y aun aceptando de nuevo a efectos dialécticos que la primavera de 1936 hubiese sido tan desastrosa como se ha descrito y se describe en la literatura pro o parafranquista, ¿justifica el comienzo anticipado de la conspiración en febrero/marzo y la voluntad de ir a una guerra que, por pequeña que hubiese sido, habría producido más víctimas que varias primaveras juntas por muy letales que fuesen? Por no hablar de las víctimas que efectivamente se produjeron. Un bache demográfico como no había ocurrido hasta entonces en España, superior al millón de seres humanos, entre los nacidos y los no nacidos.⁴²

Ésta es la cuestión que convenía, y conviene, oscurecer porque arroja negros nubarrones sobre la “legitimidad” de origen del orgulloso “régimen del 18 de julio”, que no dudó en presentar argumentos espurios para justificar la sublevación. Son los que inspiran todavía a propagandistas, tertulianos, cantamañanas y un pequeño número de historiadores españoles y extranjeros. Quizá porque es algo que un sector de la derecha profranquista (tanto en España como fuera de ella) es incapaz, todavía hoy, de aceptar.

⁴² En 1.1 millones lo calculan José Antonio Ortega y Javier Silvestre, “Las consecuencias demográficas”, en Pablo Martín Aceña y Elena Martínez Ruiz, eds., *La economía de la Guerra Civil*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

Ángel Viñas

RESUMEN

En este artículo se contraponen dos formas de ver la Guerra Civil: el paradigma franquista y el paradigma republicano. Particular atención se presta al primero, que sigue ejerciendo influencia en sectores de derechas. Se trata de un paradigma cerrado en sí mismo, últimamente renovado en varios niveles. El republicano es mucho más heterogéneo y está marcado por las pugnas de la Guerra Civil que se prolongaron en el exilio. Ambos recogen la influencia de la Guerra Fría. No obstante, la investigación más reciente se inclina mucho más hacia el paradigma republicano que hacia el franquista.

Palabras clave: Guerra Civil Española, franquismo, República Española, exilio español, España en la actualidad.

ABSTRACT

This paper examines two opposing visions of the Civil War: the Francoist and Republican paradigms. It pays particular attention to the former, which continues to influence certain right-wing sectors in Spain. It is a very inward-looking approach, and one that has recently been renewed at different levels. The Republican paradigm is much more heterogeneous. It is strongly shaped by the quarrels of the Civil War which were kept alive during the post-war exile. Both paradigms were also influenced by the Cold War. However, the most recent research in Spain into the Civil War and its origins tends to favor the Republican paradigm over the Francoist one.

Key words: Spanish Civil War, Francoism, Spanish Republic, Spanish exile, present-day Spain.